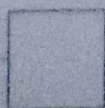


# Los hombres no pegan

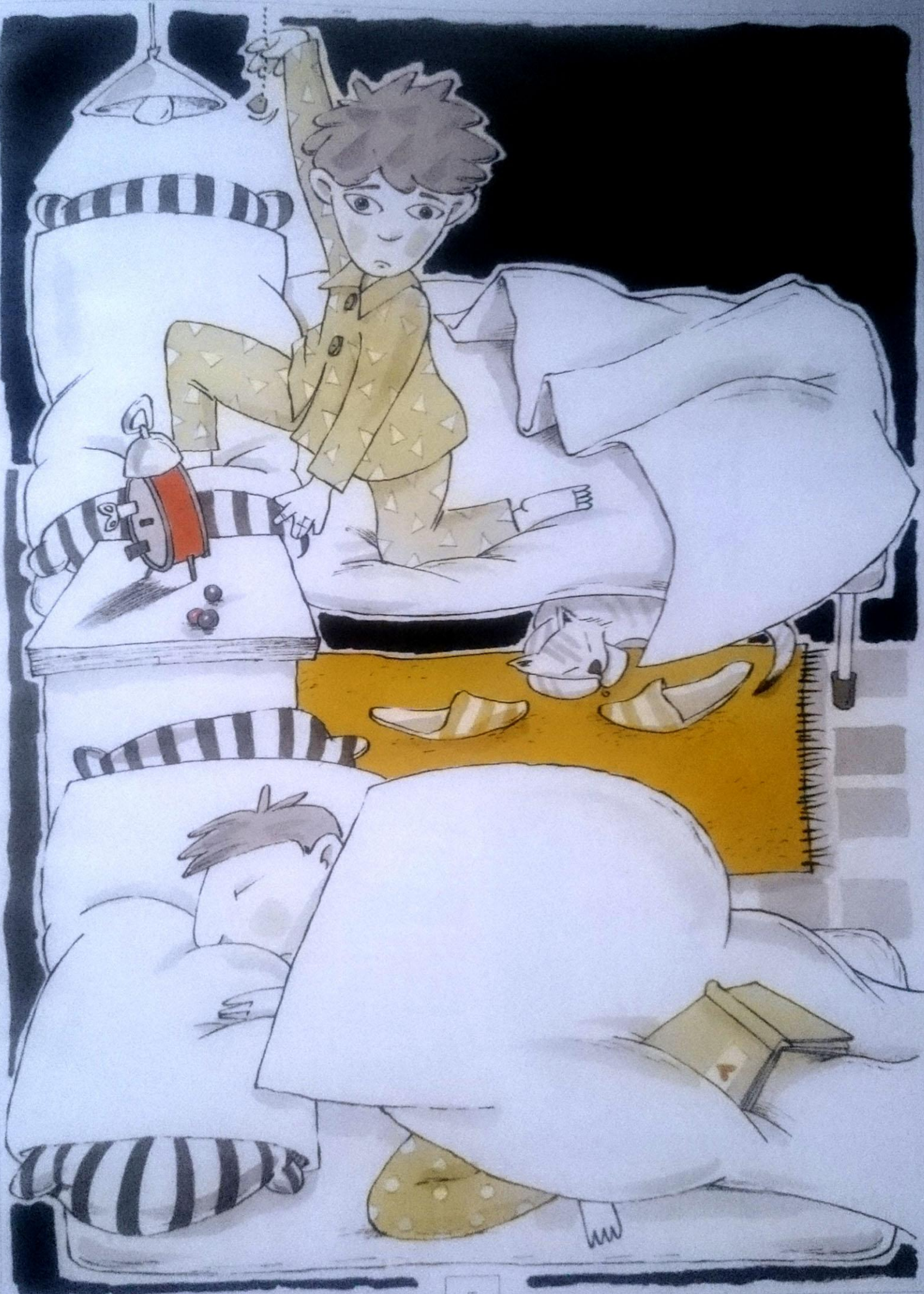
Escrito por Beatriz Moncó  
Ilustrado por Mabel Piérola

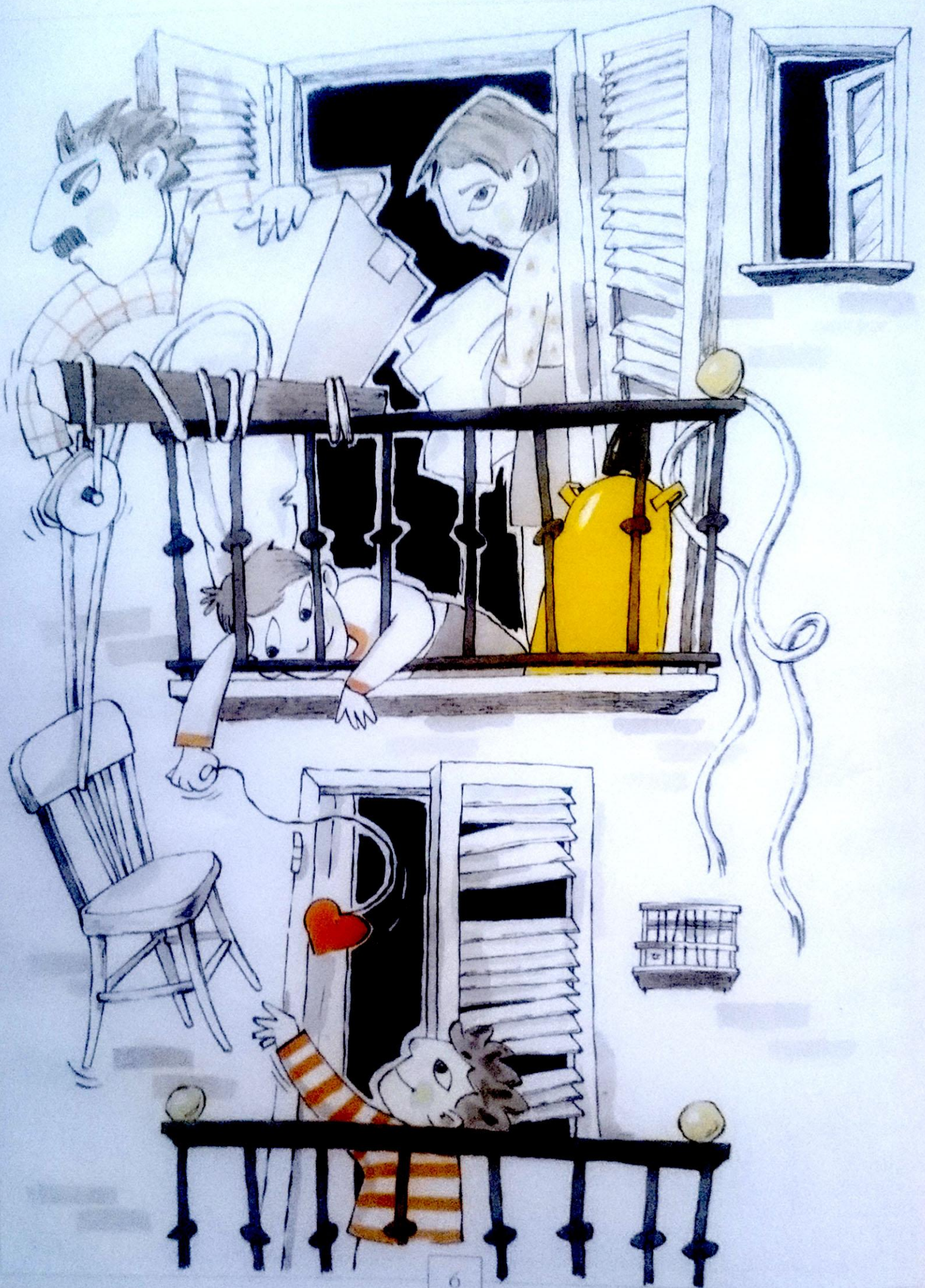


edicions bellaterra



Javier apaga la luz. A su lado nota la respiración de Álex, que ya se ha dormido. Él, sin embargo, no puede dejar de pensar en todo lo que le ha ocurrido, oye la voz de su padre como si todavía estuviera presente. Una y otra vez le repite: «Los hombres no pegan, Javier, los hombres no pegan». Mira a su amigo que, aún en sueños, parece que llora, y sin querer, poco a poco, empieza a recordar...





Todo empezó hace unos meses cuando Alex y sus padres se trasladaron al bloque de pisos de Javier. Iban al mismo colegio y a la misma clase, muy pronto se hicieron amigos y empezaron a compartir charlas y confidencias. Alex era genial, divertido y, sobre todo, muy bueno.

Los nuevos vecinos suscitaron algunos comentarios entre Javier y sus padres. Su madre mencionó lo tímida y callada que parecía la mujer, que se limitaba a saludar a las vecinas, sin más, y siempre que lo hacía bajaba la cabeza, como si temiera que le vieran la cara. El padre de Javier, por el contrario, dijo, riéndose, que él siempre veía al vecino rodeado de gente en el bar o en el parque, jugando con un grupo de hombres a la petanca.

Un domingo que Javier paseaba por el barrio con sus padres, el padre de Álex se les acercó. Rápidamente les saludó, se presentó como Pedro e insistió en invitarles a un aperitivo. Al preguntarle por su mujer, se limitó a contestar:

-Esa, en casa. Mejor que no salga.

Poco después añadió que a Elena, así se llamaba la madre de Alex, no le gustaba la calle.

A los padres de Javier no les agradó la respuesta ni el tono despectivo con que la pronunció y amablemente declinaron la invitación.







A Javier cada día le caía mejor Alex. En muchas ocasiones hacían los deberes juntos en la casa de Javier y pasaban muy buenos ratos jugando a la PlayStation o viendo DVD que luego comentaban con los demás chicos. Lo único que a Javier le extrañaba es que Alex nunca invitaba a nadie a su casa, ni a él, ni a ningún otro chico.

Desde hacía algún tiempo Javier había empezado a notar cosas muy raras en su amigo. Alex hablaba muy poco, estaba como asustado, a veces incluso parecía medio tonto porque tenía cardenales en los brazos y las piernas, y siempre decía que no recordaba cómo se los había hecho.

Una tarde que habían quedado para jugar juntos Alex se retrasó y Javier fue a buscarlo a su casa. Se llevó una desagradable sorpresa cuando al abrirle Alex la puerta le vio un moretón muy reciente en la cara y los ojos enrojecidos. Le preguntó qué le había pasado y su amigo, muy nervioso, contestó: «Nada, vámonos, anda». A Javier le pareció la marca de una bofetada, pero no insistió más. Al fondo del pasillo, sentada en un sillón, Elena lloraba y se apretaba la nariz con un pañuelo ensangrentado. Fue tal la angustia que notó en la cara de Alex que Javier ni siquiera contó nada a sus padres. Procuró distraer a su amigo y divertirse con él.





Se le había olvidado este incidente cuando un sábado que Javier estaba en casa con sus Padres se oyeron unos golpes tremendos en el piso de Alez. Al principio pensó que estarían trasladando muebles y algo pesado se había caído al suelo, pero de repente los gritos de Pedro resonaron por toda la casa. Poco después un portazo acabó con los ruidos. Javier se asomó a la ventana y vio cómo el padre de su amigo se alejaba.

Algunos vecinos salieron al descansillo para averiguar la causa del escándalo. Los padres de Javier se miraron muy preocupados y sin más le preguntaron si había notado algo extraño en su amigo. Javier, un poco asustado, les habló de lo que vio aquella tarde. Al terminar, su padre, muy serio, se volvió hacia su madre y simplemente dijo: “No me gusta este hombre. No me gusta nada”.

Una tarde Javier y sus amigos empezaron a charlar sobre los problemas que tenían en casa y entre risas comentaron las cosas que decían sus padres. Alex permanecía en silencio, mirando a unos y a otros, hasta que Jorge, que atrevía a todo, le preguntó directamente:

- Y en tu casa, Alex, ¿quién manda más, tu padre o tu madre? ¿Con quién te llevas mejor?

Tras un breve silencio los chicos continuaron hablando y riendo, pero Javier observó que Alex se ponía muy colorado y parecía incómodo.

Javier volvió a sacar el tema. Dijo que él no sabría decir quién mandaba más en su casa, pues tanto su padre como su madre se comportaban igual y él no notaba que uno quisiera ser más que otro.

-Igualdad, eso dice mi padre. Igualdad entre el hombre y la mujer.

-Pues eso está mal, un hombre tiene que llevar los pantalones, Mi padre dice que si no los mantienes bien puestos, ni eres hombre ni nada -le contestó Alex, mirándole fijamente a los ojos.







Javier no replicó, pero la verdad es que no acabó de entender a Alex. Aquella noche, cuando cenaban, contó a sus padres lo que había ocurrido y después les preguntó qué quería decir Alex con aquello. La frase le hacía gracia, porque los hombres siempre llevaban pantalones, pero las mujeres también solían hacerlo. Sus padres rieron al oír sus palabras, pero después se callaron y le miraron con atención.

Aunque había pasado el tiempo Javier recordaba cómo su padre, le sonrió y tranquilamente le dijo:

- Mira, Javier, en nuestra sociedad se nos educa muy mal a los hombres. Nos hacen creer que somos superiores a las mujeres sólo por el hecho de haber nacido hombres, ¿entiendes? Y eso no es así, eso es mentira. Además se nos engaña diciéndonos que somos más fuertes que ellas, más listos, mejores en todo. También se nos dice que seremos menos hombres, más débiles, si somos afectuosos con nuestra pareja, si le comentamos nuestros problemas o le pedimos su opinión y su ayuda, y si después de hablar con ella cambiamos nuestras decisiones.

- Pero es que eso de los pantalones bien puestos no lo entiendo -dijo de nuevo Javier.

- Eso -intervino su madre- es una forma de aludir a los testículos de los hombres, ya sabes... (Javier se rió por lo bajito porque ni él ni sus amigos los llamaban así; a su madre siempre le molestaba lo que ella llamaba «palabras malsonantes»). En realidad es un modo de indicar que los hombres deben mandar sobre las mujeres si quieren demostrar que son muy hombres, muy machos, vamos...

- Es un poco tonto, Javier -precisó su padre-, porque una parte cuerpo no te hace hombre, tampoco gritar, ni dar puñetazos, ni decir tacos, ni pegar. Los hombres, los de verdad, no pegan -le dijo su padre muy serio-. Solo pegan los cobardes que se aprovechan de su fuerza o incluso del cariño que les tienen. Recuérdalo siempre, Javier, los hombres no pegan...





-Pero -insistió Javier- el padre de Alex dice que un hombre, vamos, que lo que debe hacer un hombre...

No pudo terminar de hablar. Su padre lo miró sonriendo antes de decirle:

-El padre de Alex, Javier, no sabe lo que dice. Mucho me temo que ni siquiera es una buena persona. Y si no es una buena persona, mucho menos podrá ser, no ya un buen hombre, sino simplemente un hombre. ¿Entiendes, hijo? Aunque tenga... ya sabes. Ambos miraron la cara de reproche que tenía la madre y los tres se echaron a reír.

Javier entendió sólo a medias, pero no quiso seguir preguntando. Como tampoco lo hizo aquel mediodía que su madre comentó que parecía que Elena hubiera tenido un accidente, pues estaba muy magullada y tenía un ojo morado.

- Lástima -añadió- que no tenga aquí familia ni nadie que le eche una mano.

El padre de Javier no dijo nada y siguió comiendo, aunque de vez en cuando movía la cabeza en signo de preocupación.

Las cosas siguieron igual para los dos amigos hasta que una tarde Javier le dijo a Alex que le gustaría conocer su habitación y ver sus libros y sus juguetes. Alex lo miró despacio, y aunque tardó mucho en contestarle, finalmente le dijo que preguntaría a sus padres si podía invitarle a su casa. Tres días después, Alex, muy contento, le dijo que su madre les esperaba a merendar a los dos, y comentó, como de pasada, que precisamente su padre estaba de viaje.

La merienda fue excelente y a Javier le pareció muy simpática la madre de Alex. Elena les propuso juegos y adivinanzas, les contó historias y les comentó libros con tanta gracia que los tres rieron como buenos amigos.



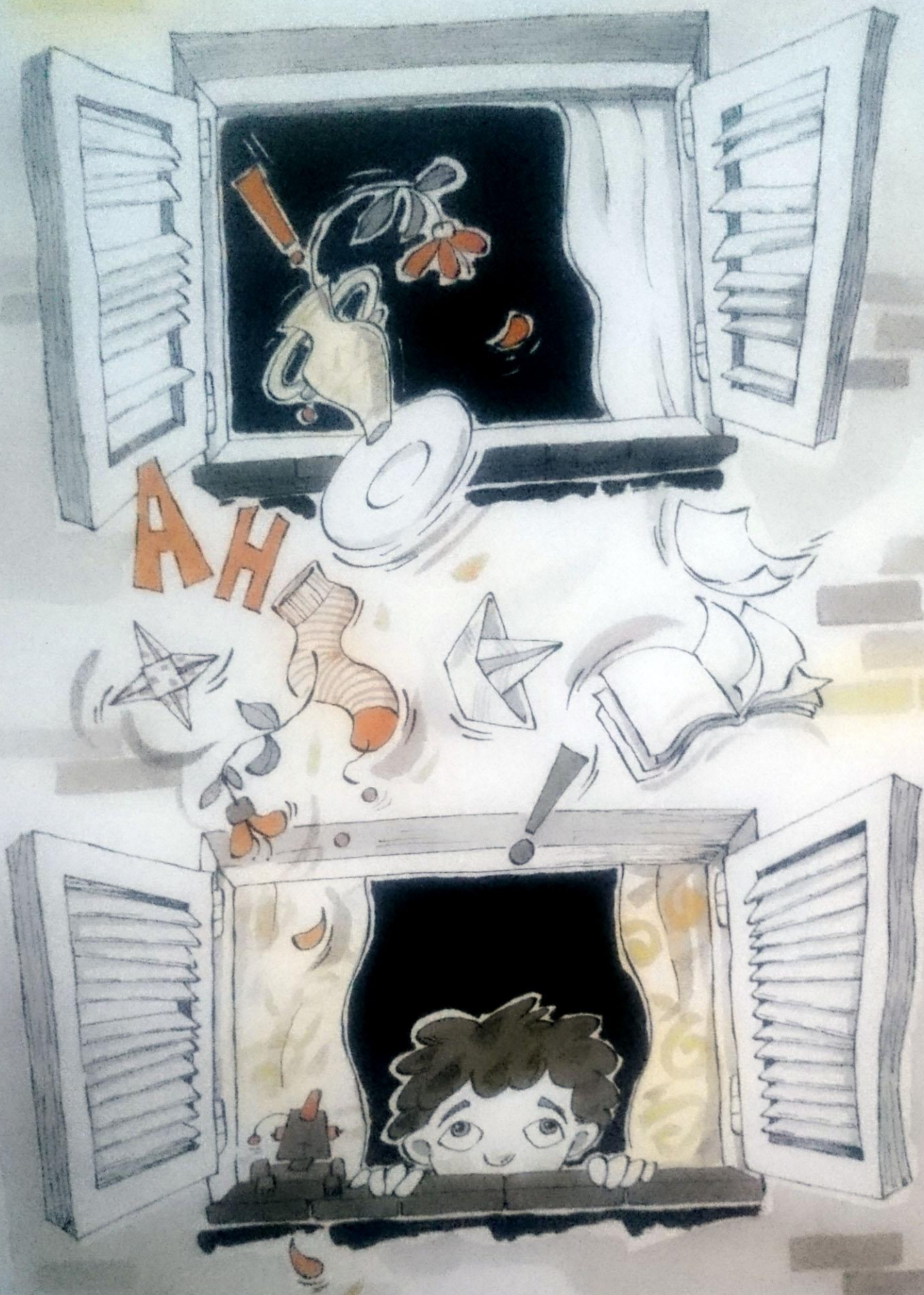




De repente se oyó el ruido de la llave en la cerradura. A la madre de Alex se le borró la sonrisa y le empezaron a temblar las manos como si estuviera enferma. Se levantó de golpe y, como atontada, comenzó a ir de un lado para otro. Alex se fue junto a ella, le acarició una mano suavemente y, ambos se quedaron muy quietos cuando el padre entró en el salón. Pedro miró a los tres y dirigiéndose a su mujer le ordenó: «Prepárame la cena», después se acercó a Alex y le revolvió el pelo. A Javier le resultó curioso comprobar que su amigo se estremecía con la caricia del padre, como si fuese un perrito falto de cariño. Pero sus ojos estaban húmedos, a Javier le parecieron asustados.

Con el paso del tiempo las cosas empeoraban. De la casa de Alex salían golpes y gritos cada vez con más frecuencia, hasta que un día los vecinos, alarmados, se reunieron en la escalera para ver qué podían hacer. Ese día Javier se enteró de lo que ocurría: el padre de Alex era un tipo violento que pegaba a su mujer. Entonces comprendió que también maltrataba a su amigo: ésa era la causa de los moretones de Alex, del miedo en sus ojos y del temblor de su cuerpo.





Cuando regresaron a casa Javier habló con sus padres, les contó lo que había visto aquella tarde. Entonces ellos le hablaron con más claridad.

- Hay cobardes que pegan a su mujer y a sus hijos para olvidarse de sus problemas creerse más hombres -le dijo su padre-. Lo que ellos no saben, Javier, es que con cada golpe demuestran su debilidad y su cobardía, porque debes saber que solo pegan a quienes creen más débiles que ellos.

- Son como bestias, Javier -añadió su madre-, porque no razonan, porque no piensan, porque no quieren nadie. Sólo desean controlar la vida de los demás para creerse que así controlan la suya, y para ello utilizan la violencia: los gritos, los insultos, los golpes, los puñetazos, las patadas e incluso las armas. Como dice tu padre, los hombres, los de verdad, no pegan; sólo lo hacen los cobardes.

- Pero no lo entiendo, mamá. ¿Por qué Elena sigue viviendo con ese salvaje? ¿Le gusta que la peguen? ¿Por qué no se separa de él como hacen otras personas? ¿Es que no quiere a Alex?

- Nadie quiere ser insultado y agredido, hijo -contestó su madre- Elena sigue con él porque está sola y no sabe qué hacer, ni dónde ir; porque tiene miedo por su hijo, a quien además quiere más que a ella misma: porque le da vergüenza reconocer ante sus padres que el hombre a quien eligió como compañero es un canalla violento que la maltrata; porque ni siquiera sabe si ellos la entenderían... En fin, hay muchas razones y muy complicadas. A veces la vida, Javier, es muy difícil para las mujeres. Y más si están solas y tienen hijos a los que sacar adelante.

Mientras recordaba todo esto Javier se volvió hacia la cama de Alex, que ahora dormía tranquilo, y pensó en el horror que había vivido su amigo esa misma mañana. Regresaban del parque cuando en la entrada de su casa vieron una ambulancia, un coche de policía y un montón de gente que miraba hacia el portal. En aquellos momentos Pedro salía escoltado por dos agentes e instantes después una camilla llevaba a Elena. Alex, blanco de angustia, corrió hacia su madre, quien, magullada, llorosa y con un ojo morado le sonrió antes de susurrarle:

- Alex, cariño, ahora todo se va a arreglar, te lo prometo.

No pudo abrazarlo, su marido también le había roto un brazo.







El sueño le vencía mientras recordaba esta escena. Pero antes de quedarse dormido Javier pensó en Elena y en Pedro, y en su amigo Alex, que al parecer ahora se iría con su madre a vivir a la ciudad de sus abuelos. También pensó en sus padres y en él mismo. Él quería ser un hombre, pero un hombre de verdad. Los ojos se le cerraron mientras le parecía oír la voz de su padre: «Javier, los hombres no pegan.»

## Epílogo: a los padres y a los profesores

El pasado 25 de noviembre se celebró el «Día internacional contra la violencia hacia las mujeres» y diferentes asociaciones de todo el país convocaron actos de apoyo a la lucha contra el maltrato. Mi hijo Javier y yo estuvimos en la Puerta del Sol de Madrid. Mientras esperábamos el comienzo del acto entablé conversación con una desconocida que estaba a mi lado y que, entre lágrimas, me fue contando su historia. Este día Javier vio y escuchó en directo algunas de las cosas que a veces comentamos a raíz de las noticias que difunde la televisión y publican los periódicos sobre la violencia de género. Lo mejor de todo era notar que poco a poco se interesaba más por lo que sucedía a nuestro alrededor. Preguntaba por los carteles que veía, por el significado de las consignas que se gritaban, se fijó en los hombres que asistían al acto («Creí que iba a estar solo -me dijo, y añadió:- Debería haber miles de personas, sobre todo hombres») y siguió con atención las distintas intervenciones. Me alegré de que estuviese allí. Después mantuvimos una larga charla, y se dio cuenta de que incluso en su grupo de amigos existía una variedad de opiniones y posiciones ante la violencia doméstica y el maltrato a las mujeres. Creo que esta experiencia le obligó a reflexionar y a recolocar la información que ha ido recibiendo en el colegio, a través de los medios de comunicación y en nuestra misma familia. Todo esto, sin duda alguna, ayudó a que pocos días después, a sus quince años, pusiera en su sitio a un adulto que dijo una «gracia» sobre el tema. Y lo hizo mediante la seriedad de su gesto y una sola frase: «El maltrato a las mujeres no es para tomarlo a broma».

Me he permitido comenzar con esta experiencia personal porque de algún modo me animó a escribir este cuento. Con él quisiera contribuir a enseñar que, efectivamente no son una broma los malos tratos y los continuos asesinatos de mujeres a manos de sus maridos, compañeros, padres, hijos, hermanos

y hombres de su entorno afectivo y social. Las risas y el aliento se congelan cuando pensamos que detrás de cada maltratador, al lado de muchas maltratadas, hay niños, como el Alex del cuento, que sufren en silencio no sólo su dolor sino también el de sus madres. Los datos sobre la violencia doméstica, en nuestras sociedades tan avanzadas, son realmente escalofriantes.

Ha llegado el momento de romper la ecuación que iguala el ser hombre y el ser dominante, porque masculinidad no tiene que ser sinónimo de dominación y violencia, y eso debemos enseñarlo a los niños y a los jóvenes. Y debemos enseñarlo también a las niñas y a las jóvenes, y decirles, además, que han de protegerse de este tipo de hombres, que han de evitarlos y rechazarlos, porque no son más hombres sino más dañinos. Debemos enseñarles, a unos y otras, que el amor no puede existir con celos y exclusividad autoritaria y violencia (el refrán está equivocado, quien bien te quiere no debe hacerte llorar) y que nadie tiene derecho a decidir cómo debe vestir su pareja, cómo debe comportarse, con quién ha de ir o adónde. No te ama más quien te domina, sólo te quita libertad y a veces la vida.

También debemos enseñarles, de una y de mil maneras, que ninguna persona de bien debe poner en duda a la víctima; nada hacen las mujeres para merecer el desprecio continuo, las palizas y la muerte. Y todo eso debemos enseñarlo a los niños y a los jóvenes desde su infancia, sin concesiones ni medias tintas. Así mismo, no podemos olvidar que las mujeres son violentadas, maltratadas y asesinadas sólo por ser mujeres y por estar en peores condiciones que sus respectivas parejas. La complicidad con el maltrato y la violencia de género da comienzo cuando toleramos un comportamiento sexista y desigual entre hombres y mujeres.

Los padres y las madres, los educadores y las educadoras, debemos preguntarnos cómo estamos formando a nuestros niños y niñas, qué modelos culturales les estamos proponiendo, qué relación establecemos entre los géneros, con qué naturalidad pasamos de la diferencia sexual a la desigualdad sociocultural, y dónde empieza el problema del maltrato y la violencia contra los más débiles.

La violencia es un hecho muy presente en nuestras vidas. La Política de guerras y luchas, los programas de televisión, las películas, o los videojuegos en los que matar ancianas y reventar objetos y animales define al ganador, son moneda corriente en nuestros días. Los centros de trabajo, los colegios, los campos de fútbol o el espacio doméstico y familiar son, a veces, lugares de manifestación violenta. Entre subalternos, entre niños, entre hinchas deportivos, entre parejas sentimentales, maridos, mujeres, padres e hijos encontramos relaciones marcadas también por la violencia y el maltrato a los más débiles.

Esta constatación e incluso el saber que la realidad familiar es un mundo que siempre ha reflejado la estructura de poder y dominación de nuestra sociedad no debe ser, sin embargo, la excusa para justificar la violencia que las mujeres sufren en todos los ámbitos de su existencia. Aunque con otros nombres hay muchos Alex y Elenas en nuestro país, quizás, incluso. muy cerca de nosotros. Son niños y mujeres que viven en una violencia familiar continua y cotidiana que a veces sólo se resuelve con la muerte. Y hay muchos Pedros como el del cuento. Hombres amables y cordiales con los de fuera y verdaderos verdugos para su familia. Hombres que erróneamente han aprendido que, para parecerlo, hay que ser dominante y agresivo y que por eso, por ser muy machos, deben resolver sus problemas con violencia y agresión, atacando y maltratando a los que están cerca y ven inferiores, precisamente quienes confían y dependen de él, a sus parejas e incluso a sus hijos.

He escrito este libro porque creo que es tarea de todos nosotros el luchar contra este problema. No es sólo violencia doméstica aunque así la llamemos, no es algo de puertas adentro, no es sólo un asunto de una pareja una familia concretas. Son asesinatos en toda regla, abusos y violencia continuos, terror cotidiano contra mujeres y niños, actos delictivos contra toda la comunidad. Es, pues, un problema de todos los ciudadanos que debemos velar por el presente y el futuro de nuestras sociedades.